

porque la historia podría desmentirme varias veces. Digo simplemente que el visual y el motor gráfico están mal equipados para la palabra pública.

Si el azar de la organización cerebral permite excepcionalmente que un motor gráfico sea en cierto grado motor oral, no cabe duda que un orador distinguido pueda ser el producto de semejante conformación; pero el caso se contará seguramente como una excepción.

Entre los datos que pueden transformar de singular modo las condiciones de un « cerebro oratorio », hay uno que representa un papel enorme: la memoria.

Para que me sea posible continuar este estudio y terminarlo con conclusiones prácticas, es tiempo ya de que aborde el examen de la memoria en sus relaciones con la materia que forma el objeto de este trabajo.

puedan representar en ellos un papel tan preponderante como algunos quieren afirmarlo. Émile Zola, entrevistado por M. Saint-Paul, declara gravemente *que cuando piensa en un rayo de sol se siente deslumbrado*. Bien se ve que M. Zola era del mediodía. Es evidente que mis observaciones respecto de los verbo-visuales se aplican *á fortiori* á los visuales no verbales, porque es de presumirse que un cerebro en el cual *la imagen inhibe la palabra* no será nunca el cerebro de un orador.

CAPÍTULO III

La palabra y las memorias.

Sumario: *La memoria es un hecho biológico. — Teoría de M. RIBOT. — Movimientos automáticos, primitivos y secundarios. — Memoria orgánica y memoria psíquica. — La fuerza del adjetivo. — Memorias necesarias al orador. — Memoria bruta y memoria organizada. — La cerebración inconsciente. — Inspiración, improvisación. — LACHAUD. — La rapidez del pensamiento: MAURY. — Los latentes. — Conclusión.*

I

La teoría de la *memoria* considerada como una « facultad del alma », como una « entidad » psicológica, no es hoy sostenida por nadie.

La memoria no puede ser ya examinada como una función que tiene existencia independiente. Es un hecho biológico, una condición de vida, una propiedad inherente á la materia organizada (1).

(1) V. RIBOT, *Les Maladies de la mémoire*, Alcan, ed. —

Se puede llegar hasta decir que la vida y la memoria son una sola y misma cosa, que no hay *vida* en donde no hay memoria.

Persuadámonos de este hecho, que las plantas, creciendo siempre de la misma manera, en cada especie, reproduciendo constantemente los mismos fenómenos, dan prueba de memoria.

« En el reino animal, el tejido muscular nos presenta un primer bosquejo de la adquisición de propiedades nuevas, de su *conservación* y de su reproducción automática. » Un músculo se fortalece en razón directa de su trabajo... « El tejido más noble del organismo, el tejido nervioso, presenta en el más alto grado esta doble propiedad de conservación y de reproducción (1). »

Esta propiedad de conservar, de reproducir, de hacer revivir ciertos estados, que posee la materia viva, es llamada de un modo general la *memoria biológica ú orgánica*.

Examinada en los animales y más especialmente en el hombre, la memoria se revela primero en lo que los fisiologistas han llamado los *movimientos automáticos primitivos ó innatos*, de los cuales el más característico es la respiración. Estos movimientos, dicen los evolucionistas, han sido fijados

SOLLIER, *Les Troubles de la mémoire*, p. 21 y siguientes, Rueff, ed. — KUSSMAUL, *op. cit.*, p. 45. — JULIEN PIOGER, *La Vie et la pensée*, p. 165 y siguientes, Alcan, ed.

(1) RIBOT, *op. cit.*, p. 4.

en el cerebro por su repetición en una larga serie de antepasados. Constituyen la memoria hereditaria, la *memoria de la especie*. Es el legado de las generaciones muertas á las generaciones vivas.

La memoria se revela, después, en los movimientos adquiridos, los cuales, por la práctica constante del individuo, llegan á ser automáticos en el mismo grado que los movimientos primitivos. Ejemplos: la marcha, la natación, el baile... Estos son movimientos automáticos que se califican de *secundarios*. Comienzan por no poder ejecutarse sino con el auxilio de la voluntad, en virtud de esfuerzos continuos y penosos, y acaban por ser movimientos *reflejos* ejecutados sin la participación de la conciencia.

« La medula espinal ejecuta bien los actos sencillos ó complexos que son innatos; pero apenas se le pide la ejecución de movimientos nuevos, se muestra torpe y necesita de un aprendizaje definido para integrar en sí misma y ejecutar convenientemente esos nuevos movimientos (1). »

La palabra es, por excelencia, el tipo de un movimiento secundario de los músculos: tiende á llegar á ser un reflejo. Todos estos hechos entran en la *memoria orgánica*, memoria todavía desprovista de *conciencia*.

Pero, de hecho, ¿qué es la conciencia?

(1) DEBIERRE, *La Moelle épinière et l'Encéphale*, *op. cit.*, p. 404.

Se ha dicho excelentemente que es un fenómeno sobreañadido.

Á la luz de la ciencia actual, el hombre aparece como un inmenso agregado de celdillas (¿es Taine quien lo ha comparado á un polípero?), que trabajan cada una individualmente, en el interés del conjunto. Cada celdilla está dotada de memoria.

« Todo órgano es una memoria; el ojo es una memoria de las ondas luminosas, y la oreja es una memoria de las ondas sonoras... Cada nervio es una memoria que conserva determinado número de vibraciones prontas á reproducirse; cada músculo, *cada celdilla nerviosa es una memoria* (1). »

Ahora bien, esta inmensa elaboración produce una multitud de resultados cuyo conocimiento completo formaría para el « espíritu » una inextricable mezcolanza, una masa compacta de hechos imposibles de diferenciar. Nuestro mecanismo interior está constituido de tal manera que, muy felizmente para nosotros, no permite á nuestro « yo » percibir sino una corta porción de la actividad orgánica.

« La conciencia, ha escrito M. Ribot, es el estrecho postigo por el cual nos aparece una pequeñísima parte de este trabajo. »

En consecuencia, la memoria más completa, la memoria consciente, la *memoria psicológica*, no se

(1) A. FOUILLÉE, *La Survivance et la sélection des idées dans la mémoire en Revue des Deux Mondes*, 15 mayo 1885.

aplica sino á una cantidad ínfima de procesos interiores.

La memoria, en el verdadero sentido de la palabra, es la propiedad que posee cada celdilla de conservar, aun sin la voluntad de lo que se llama el « yo », los movimientos que le han sido comunicados y de reproducirlos. Existe sin la conciencia, puesto que, sin conciencia, hay reproducción y conservación. Sin embargo, la intervención de la conciencia tiene un papel enorme en la memoria; la conciencia añade á la memoria una cosa muy importante, la *localización del recuerdo en el pasado* :

« Hay en la memoria (psíquica) un juicio por medio del cual nos damos cuenta de que se trata de un recuerdo (1). »

II

Así pues, la memoria, cuando es completa, tiene tres papeles: *conserva, reproduce, reconoce*.

No podemos hasta hoy darnos cuenta del mecanismo de la memoria sino por medio de hipótesis más ó menos confirmadas por los hechos. Según unos autores, el recuerdo es simplemente una vibración que persiste en el cerebro, algo como

(1) BINET, *Introduction à la psychologie expérimentale*, 1 vol., Alcan, ed., 1894.

una *fosforescencia* de las imágenes (teoría del Dr. Luys); en opinión de otros, el recuerdo es un verdadero residuo (Taine, Spencer). En fin, la teoría más generalmente admitida hoy es la de M. Ribot, sostenida también por *Wundt*, según la cual la memoria es *no una colección de sellos, sino un conjunto de asociaciones dinámicas muy estables y muy prontas á despertarse* (1).

Seguramente esta última hipótesis es más admisible que las precedentes, porque si se parte de este punto de vista que el recuerdo deja un residuo cualquiera en una celdilla nerviosa, no se puede explicar cómo, desapareciendo la celdilla, el residuo puede ser conservado.

En lo que á mi materia concierne, ninguna de las hipótesis enunciadas sobre el mecanismo del recuerdo puede contrariar mi tesis. Sígase el sistema que se quiera siempre se tendrá que reconocer, con *Maudsley*, que toda acción exterior procura al organismo un « algo » que retiene y que lo predispone á funcionar de nuevo de la misma manera.

Apliquemos ahora estas teorías á los datos que poseemos sobre la palabra.

Es fácil darse cuenta de este hecho, que cada uno de los centros nerviosos que han sido enumerados en los capítulos anteriores, tiene *su memoria*.

(1) RIBOT, *op. cit.*, p. 20.

Todo individuo que posea « un centro de imágenes verbales », anatómicamente bien constituido, tendrá una excelente memoria verbal, puesto que la memoria es un resultado del estado de salud de los órganos.

Todo individuo que posea un buen « centro de imágenes motrices » tendrá una perfecta memoria motriz. Todo visual tendrá una buena memoria visual.

En una palabra, cuando se hace constar que un hombre se sirve *de preferencia* de uno de los procedimientos intelectuales que han sido descritos, es que el centro cerebral que usa con más facilidad tiene una memoria mejor que los demás.

Tengo el sentimiento de no estar de acuerdo en este punto con el Dr. Saint-Paul que quiere distinguir cuidadosamente el *visualismo* y la *memoria visual*. Decir que determinado individuo es visual, que tiene la costumbre de pensar viendo sus palabras escritas mentalmente, es concederle la « facultad » de la memoria de las palabras vistas, porque si el centro nervioso de que se sirve no tuviera, por excelencia, la memoria de las palabras vistas, ese hombre no sería un visual. De igual manera, si el centro cerebral especial de un motor no conservara admirablemente las *huellas-disposiciones* de las imágenes motrices, no se trataría de un motor.

No debe sorprendernos, pues, que Charcot y Ballet confundan el auditivismo con la memoria

auditiva de las palabras y el visualismo con la memoria visual, porque esta proposición « que un visual tiene memoria visual » constituye un verdadero pleonismo.

Las conclusiones de M. Ribot prueban que, en cada uno de los centros cerebrales del lenguaje, las asociaciones verbales se forman por grupos, y, en cierto modo, por *capas sucesivas* (1).

Es demasiado conocida la famosa ley de regresión (2) formulada en el axioma : « Lo que ha sido adquirido al último se pierde primero », para que insista en ella. Me limito á recordar que las palabras que forman la parte más resistente del bagaje verbal son las que expresan cualidades, los verbos y los adjetivos. No hay necesidad de ser un gran letrado en lingüística para saber que la formación de las lenguas ha comenzado siempre por los adjetivos y que aun hoy el adjetivo forma la base de los idiomas salvajes (3).

(1) « La asociación de las ideas no es sino un desenvolvimiento de la memoria simple. Si una impresión mental se presenta al espíritu yuxtapuesta á otra, no sólo la memoria registra las dos impresiones, sino que registra también el hecho mismo de su yuxtaposición, de manera que, cuando se recuerda la una, se recuerda igualmente la otra. » DEBIERRE, *op. cit.*, p. 393.

(2) V. SOLLIÉ, *op. cit.*, p. 127 y siguientes.

(3) He aquí, según M. Ribot, el orden exacto de la desaparición de los *signos* : 1.º el sustantivo; 2.º el adjetivo y el verbo; 3.º las interjecciones (el lenguaje emocional); 4.º el gesto (*op. cit.*, p. 132 y siguientes).

No es necesario en verdad llegar hasta las hordas del interior de Oceanía para que palpablemente se nos revele la omnipotencia del adjetivo. ¿Qué orador no ha notado la facilidad con que los adjetivos se presentan á la memoria, mientras que el sustantivo, la palabra propia, permanece tan rebelde que el improvisador se quedará cortado si no encuentra inmediatamente un « poco más ó menos » muchas veces execrable ?

Los antiguos decían : el orador debe tener una buena memoria. Hoy decimos : el orador completo debe tener á su disposición, en su organismo, cuatro mecanismos especiales bien constituidos. Si las cuatro partes en cuestión se encuentran en buen estado, si están perfectamente sanas, todas ellas tendrán *memoria*.

Es necesario :

- 1.º Un buen órgano receptor externo de los sonidos (oído);
- 2.º Un buen mecanismo interno de conservación de los sonidos (centro de la memoria verbo-auditiva indemne de toda lesión);
- 3.º Un buen mecanismo de moción interna (*memoria motriz*);
- 4.º Un buen órgano del lenguaje.

Naturalmente que si nuestro « orador » puede unir á todas estas cualidades funcionales una memoria visual excelente, ésta no le perjudicará en lo más mínimo.

Así pues, el orador no existe sino con la doble condición de haber impregnado en las celdillas nerviosas de su centro auditivo una inmensa colección de imágenes verbales, y de tener, además, una buena innervación verbo-motriz.

III

El almacenamiento de impresiones puede hacerse de dos maneras distintas, por la *memoria natural* ó por la *memoria artificial*, como lo ha demostrado muy claramente *M. Binet* (1). Esta doble acción de la memoria ha sido el objeto de un estudio profundo por parte de *M. Dugas* (2), quien se ha servido, para calificar estas dos fases diferentes de una misma cosa, de las expresiones: *Memoria bruta* y *memoria organizada*.

Por medio de la memoria bruta ó natural el espíritu se impregna sin ningún esfuerzo mental. Es una memoria puramente pasiva, por decirlo así, es la memoria de que daba prueba el mozo de carnicería que « recitaba en su delirio trozos de *Fedra*, tragedia que había visto representar una vez, sin comprender nada de ella ».

Por medio de la memoria organizada ó artifi-

(1) *Introduction à la psychologie expérimentale*, p. 70.

(2) *DUGAS, La Mémoire brute et la mémoire organisée* (*Revue philosophique*, nov. 1894).

cial, el espíritu se impregna con esfuerzo mental, se posesiona del pasado interpretándolo, operando una selección, escogiendo reflexivamente las impresiones.

Por grande que sea la superioridad de esta segunda memoria sobre la primera, es sin embargo cierto que, en los más refinados intelectuales, la memoria bruta, inconsciente, tiene muchas veces un papel enorme. Ella es, en la mayoría de los casos, la que lleva á la *imago-evocación-verbal* (1) una masa de recuerdos cuya yuxtaposición, fusión y coordinación forman lo que los antiguos metafísicos llamaron *inspiración*.

La *inspiración*, en efecto, como *extracto* ó *producto de la nada*, es una palabra que no tiene sentido. Nada puede crearse en un cerebro, aun cuando sea el de un *Berryer*; no hay en él sino combinaciones nuevas de imágenes.

La *inspiración* no es sino la memoria sobreexcitada por una atención que concentra todas las fuerzas del cerebro en un mismo punto.

La *improvisación*, en el sentido vulgar de la palabra, es también una cosa que debe relegarse en los viejos tratados de psicología. Las gentes que, de buena fe, afirman que han pronunciado discursos sin haber nunca pensado antes en lo que iban á decir, son víctimas de un engaño, ignoran un

(1) Esta expresión es del Dr. Saint-Paul (*op. cit.*).

procedimiento del espíritu cuya acción ha sido descrita por M. Dugas y otros muchos escritores. Se trata aquí de lo que se ha llamado « la cerebración inconsciente », algo análogo á la memoria bruta. Con frecuencia nuestro cerebro trabaja sin que lo sepamos. ¿Á qué matemático no le ha sucedido dormirse una noche sin lograr resolver un problema difícil y encontrar prontamente la solución al despertar? La señorita *Paula Lombroso*, en un trabajo sobre « la cerebración inconsciente en el arte », nos ha dado la fórmula, un poco extraña tal vez, de esta elaboración interior.

« El embrión mental evoluciona y se elabora, sin esfuerzo de nuestra parte, y, cuando está maduro, el menor choque, la ocasión más fortuita bastan para hacerlo brotar al exterior. »

Casi siempre los improvisadores no han sido sino grandes meditativos dotados de una memoria rápida. Son excelentes personas que, debido á una disposición nativa, han aplicado, sin saberlo, las reglas de la psico-fisiología moderna, á semejanza de M. Jourdain que, también sin saberlo, escribía en prosa. Han cultivado sus memorias especiales. Dejando aparte las memorias visual y gráfica que constituyen frecuentemente para el orador un bagaje embarazoso, si no inútil, no han usado más que de las partes de su aparato cerebral que les proporcionaban ventajas directas. Y, en virtud de este principio que la función forma el órgano,

han desarrollado de una manera enorme, con detrimento quizá de otros centros nerviosos, los centros de que tenían necesidad.

Veremos después que en algunos cuartos de hora, durante la requisitoria del Ministerio Público, *Lachaud* preparaba, sin escribir una línea, sus más patéticas defensas. Á los que conocen la velocidad vertiginosa del pensamiento, tales resultados no parecerán sobrehumanos.

Maury, al describir sus sueños, nos da una idea de lo que puede ser la rapidez del trabajo cerebral:

« Me encontraba acostado en mi recámara, dice, y mi madre estaba á mi cabecera. Sueño con el Terror; asisto á escenas de asesinato, comparezco ante el Tribunal revolucionario, veo á Robespierre, á Marat, á Fouquier-Tinville, á todas las más ruines figuras de esta época terrible; *discuto con ellos*; en fin, después de *muchos acontecimientos que no recuerdo sino imperfectamente*, soy juzgado, condenado á muerte, conducido en carreta, en medio de un concurso inmenso, á la plaza de la Revolución: subo al cadalso..., siento que mi cabeza se separa del tronco; despierto presa de la más viva angustia, y siento en el cuello la flecha de mi cama que, desprendida súbitamente, cayó sobre mis vértebras cervicales como el cuchillo de una guillotina. Esto había sucedido

hacia un instante apenas, según lo confirmó mi madre (1)... »

Así, este inmenso desfile de imágenes motrices, visuales, auditivas y táctiles, que bien llenarían un volumen de 300 páginas, había durado justamente, en el cerebro de Maury, el espacio de un *segundo*.

Es desde ahora posible comprender por qué los verdaderos improvisadores son « latentes », dotados en realidad de una excelente memoria. No hay un abismo, desde el punto de vista psicológico, como estaríamos inclinados á creer, entre ellos y los que aprenden de memoria sus discursos. La adquisición en estos últimos es tan sólo más reciente y más artificial. En otra parte de estos ensayos haremos constar que existe toda una clase de individuos para los cuales la memoria « fotográfica » es una imposibilidad, de suerte que, aun cuando ellos lo quisieran, no podrían recitar un discurso aprendido. En aquellos, la memoria tiene necesidad de digerir largo tiempo las imágenes para asimilárselas. ¡ Afirman gravemente que no tienen memoria, y sin embargo, son, llegada la ocasión, maravillosos improvisadores!

Debo terminar aquí este resumen, desgraciadamente muy imperfecto, pero que espero hacer más claro con las observaciones que van á seguir. Me

(1) ALFRED MAURY, *Le Sommeil et les Rêves*, capítulo vi, Didier y C^a, ed.

atrevo á afirmar, por lo demás, que está concluida la parte más ingrata de mi empresa.

Antes de cerrar este capítulo, no es quizá inútil resumirlo.

No hay una memoria sino memorias. La memoria no es sino una propiedad vital, una resultante natural de la perfecta complexión del organismo que la posee.

La memoria motriz de articulación y la memoria auditiva verbal son indispensables al que quiere manejar la palabra.

Todos los oradores hablan con la ayuda de un capital compuesto de palabras, de fórmulas, de locuciones más ó menos laboriosamente adquirido, todo él conservado en centros nerviosos especiales.

La inspiración, la improvisación, la imaginación no son sino memorias; el dios inspirador de la elocuencia no es « sino la marea ascendente de las asociaciones, en la cual todas las ondas nerviosas, bajo la atracción de una fuerza común, se levantan y se arrastran en la masa palpitante del cerebro » (1).

(1) A. FOURLÉS, *op. cit.*

